

La voz de los intérpretes: ecos del pasado

Jesús BAIGORRI JALÓN
Universidad de Salamanca

Como citar este artículo:

BAIGORRI JALÓN, Jesús (2008) «La voz de los intérpretes: ecos del pasado», en PEGENAUTE, L.; DECESARIS, J.; TRICÁS, M. y BERNAL, E. [eds.] *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación Ibérica de Estudios de Traducción e Interpretación. La traducción del futuro: mediación lingüística y cultural en el siglo XXI. Barcelona 22-24 de marzo de 2007*. Barcelona: PPU. Vol. n.º 2, pp. 455-478. ISBN 978-84-477-1027-0. Versión electrónica disponible en la web de la AIETI: <http://www.aieti.eu/pubs/actas/III/AIETI_3_JBJ_Voz.pdf>.



La voz de los intérpretes: ecos del pasado*

Jesús Baigorri Jalón
Universidad de Salamanca

Metodología

Este estudio se basa en la recogida de testimonios orales, mediante entrevistas, de intérpretes que trabajaron o trabajan en las Naciones Unidas y en alguna otra organización de dicho sistema internacional, pertenecientes a diferentes generaciones y, por tanto, depositarios de experiencias vitales diferentes y también de trayectorias muy variadas en su itinerario hacia la profesión de intérprete. Habida cuenta de los límites de espacio, me limitaré sólo a un aspecto, el del aprendizaje de las lenguas y culturas, que resulta fundamental en la formación de todo intérprete.

Empecé a realizar las entrevistas de una manera sistemática a partir de febrero de 1997, cuando tenía ya delimitado el objetivo de mi estudio, que era reconstruir el rompecabezas de la historia de la profesión de intérprete de conferencias. Los preparativos iniciales de las entrevistas consistieron en la búsqueda de bibliografía y documentación original, escrita y gráfica, sobre el tema. Así, leí obras generales y especializadas y busqué, entre otras cosas, los listados de los intérpretes que habían participado en la Sociedad de Naciones, la Organización Internacional del Trabajo y las Naciones Unidas a lo largo de la historia respectiva de las organizaciones. Esos listados, en particular los de las etapas iniciales desde las que arranca la investigación, constituyeron para mí al principio una simple pista, un entramado de nombres, de los que en la mayoría de los casos apenas había datos concretos en los libros y artículos consultados. Para mí eran, como les dije a algunos entrevistados antes de empezar a trabajar con ellos, fantasmas a los que quería dar corporeidad, individuos a los que debía descubrir con pesquisa de detective.

En una segunda fase preparé un cuestionario muy genérico, que en la mayor parte de los casos ni siquiera les presenté a los entrevistados y que sólo seguí de manera estricta para algunos detalles necesarios para el encuadre histórico y para darle al diálogo resultante cierta validez como documento de historia oral, tales como la fecha y el lugar de nacimiento del entrevistado, los datos clave sobre sus antecedentes familiares, así como sobre su periplo vital y profesional.

La etapa siguiente fue la de seleccionar a mis entrevistados. Tuve en cuenta diversos factores, con el fin de abarcar a todas las generaciones asequibles, a intérpretes de todos los idiomas oficiales de las Naciones Unidas y también las dos modalidades contractuales (intérpretes de plantilla e independientes). Si bien la mayoría de los entrevistados tuvo o sigue teniendo relación con las Naciones Unidas, hay algunos que hicieron su carrera en otros organismos internacionales, e incluso nacionales, y hay algunos entrevistados que destacan sobre todo por su participación en encuentros bilaterales de alto nivel. Hay entre ellos quienes han escrito sus memorias o estudios de investigación, quienes han participado y participan en la labor de la Asociación Internacional de Intérpretes de Conferencias, y quienes han enseñado o enseñan la profesión. Creo, pues, que el conjunto compone un variado caleidoscopio de casos.

Debo reconocer, no obstante, que el proceso de selección, en buena medida, siguió derroteros propios. No tuve acceso a algunas personas seleccionadas inicialmente, ya sea porque no se encontraban presentes en el momento y el lugar en el que yo podía

* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación I+D HUM2006-05403/FILO, del Ministerio de Educación y Ciencia.

entrevistarlas o, muy excepcionalmente, porque no mostraron deseos de participar. Por el contrario, muchos de los entrevistados figuran en este trabajo porque de unas entrevistas salieron indicaciones y recomendaciones para realizar otras, de modo que el número original previsto se multiplicó por tres, como suele suceder en casos semejantes (Joutard 1983: 229).

Para colmar lagunas recurrí a entrevistar a los descendientes de algunos de los que trabajaron en épocas más remotas y al menos a un superviviente de la Sociedad de Naciones, que ocupó otros puestos en aquella Organización antes de ser intérprete en la ONU y luego en la Organización Mundial de la Salud (Baigorri, en prensa). De Nuremberg en adelante no tuve problema en encontrar candidatos para mis entrevistas, si bien el encuentro que tenía previsto con uno de los monitores de intérpretes del proceso de Nuremberg, Peter Uiberall, en su domicilio cercano a Washington, se frustró debido a un problema de salud de su esposa, y hubo de sustituirse por largas conversaciones telefónicas.

Antes de realizar la entrevista o entrevistas establecí un primer contacto, en muchos casos directo y personal, porque conocía a los entrevistados y estaban disponibles en el entorno de las Naciones Unidas en Nueva York o Ginebra. En los casos de los entrevistados a los que no conocía, a veces les escribí primero una carta de presentación y luego confirmé por teléfono los detalles del encuentro, pero las más de las veces establecí el contacto directamente por teléfono, apoyándome en la cadena de recomendaciones de unos colegas a otros, que fue muy útil para vencer las posibles reticencias iniciales.

En cuanto a la manera de realizar la entrevista, cuando los entrevistados accedieron y las condiciones lo permitieron, grabé las entrevistas en audiocasetes de sesenta o de noventa minutos en una grabadora portátil. Las entrevistas las realicé a veces en locales públicos —cafeterías, restaurantes—, otras veces en despachos —y hasta en cabinas de interpretación— de las Naciones Unidas, tanto en Nueva York como en Ginebra, pero en la mayor parte de los casos las realicé en los domicilios de los entrevistados o en mi propio domicilio. La duración de los diálogos varía mucho, según las circunstancias de cada entrevista: desde varias medias horas sueltas entre las sesiones de trabajo hasta largas conversaciones en torno a una mesa en las casas de los entrevistados o en la mía propia. Realicé las entrevistas en el idioma común a los dos que le resultara más cómodo al entrevistado —muy excepcionalmente utilizaron dos idiomas distintos en la misma entrevista—, concretamente 13 en inglés, 9 en francés y 9 en español. En los casos en los que la situación lo justificó y las condiciones lo permitieron tuve con los entrevistados más de un encuentro, de modo que, al final, para muchos de los casos llegué a reunir varias horas de grabación en total.

El proceso posterior a la entrevista fue distinto según que la entrevista estuviera grabada o no. Cuando no se grababa, la reconstruía en las horas siguientes a su conclusión a partir de las notas tomadas durante el diálogo. En el caso de las entrevistas grabadas, el plazo de su procesamiento fue más dilatado. En general, transcribí, utilizando un dictáfono con pedal, los contenidos de manera literal, directamente en español (es decir, cuando las entrevistas eran en inglés o en francés, *interpretaba* al oído sobre la marcha), con lo que en realidad se produce una doble traducción, la que traslada lo oral a escrito y la que pasa de una lengua a otra (Joutard 1983: 218). Los resultados de esa primera transcripción en bruto los cotejé después —por correspondencia, por teléfono o en persona— con los entrevistados, para despejar dudas y rellenar lagunas que se me planteaban en la grabación o en mis notas. Esas consultas tuvieron que ver normalmente con nombres propios, de personas y lugares, familiares para el entrevistado y

comprensibles oralmente, pero más difíciles de rastrear a la hora de ponerlos por escrito. La fase siguiente fue la de preparar un primer borrador, descartando el material que me parecía inadecuado y corrigiendo errores de detalle que se hubieran deslizado en mis preguntas o en las respuestas de los entrevistados. Por último, elaboré una versión definitiva de la que están tomadas las citas que aparecen aquí, que añadía en relación con la fase anterior, una parte narrativa de ambientación de la entrevista y un aparato crítico de referencias publicadas y de referencias cruzadas entre las dos partes del trabajo y de las entrevistas entre sí, tal como puede verse en las entrevistas individuales ya publicadas (Baigorri 2003 y en prensa). Con ello compilé un corpus de documentación básica para la historia de la interpretación de conferencias y para la historia contemporánea en general. Puesto que en las entrevistas tuve siempre un enfoque flexible de dejar discurrir, o incluso canalizar voluntariamente, la conversación por vericuetos biográficos alejados a veces del tema de la interpretación, los materiales recogidos son mucho más amplios que lo que puedan sugerir las citas de este texto y, por consiguiente, serían susceptibles de una lectura independiente y de análisis diferentes del que yo he hecho.

Cómo aprendieron los idiomas los intérpretes

No es raro que a los intérpretes y a los traductores nos pregunten personas no familiarizadas con las profesiones e incluso algunas que sí lo están, como nuestros propios alumnos, cuántos idiomas hablamos. Algún políglota ha respondido que su número de idiomas es el número *II*, es decir, que es *pilingüe* (Hofstadte 1997: 16), que es otra manera de describir la volatilidad a la que los idiomas pueden verse sometidos por los avatares de la vida, según cambios de domicilio, de entorno, de profesión y, en último término, de motivación. Una de mis entrevistadas, Elsa Haim, me respondió a la pregunta de cómo había aprendido los idiomas con una frase que he citado muchas veces: *les langues, la vie nous les a apprises*. Frente a ese aprendizaje más o menos natural está el otro que describe Diego Marani, intérprete de la UE, en un libro dedicado a cómo aprendió él los idiomas: *come la maggior parte delle persone, le lingue que conosco ho dovuto duramente studiarle per impararle* (Marani 2005: 5). Entre los dos extremos encajan los casos estudiados en este análisis, aunque cada individuo puede participar de distintos modelos según sus idiomas, y es precisamente sobre esto sobre lo que voy a centrar el cuerpo de este trabajo.

Taft (1981) sistematizó los modos de adquisición del multilingüismo y multiculturalismo distinguiendo inicialmente entre quienes lo han adquirido en el seno de la familia de forma primaria o en la familia en transición, frente a quienes lo han adquirido individualmente ya sea de forma primaria o secundaria. Me voy a permitir glosar partes de aquel artículo para ilustrar los resultados de mis entrevistas, en donde no siempre se dan en sentido puro, sino combinadas, las variedades señaladas por Taft. Según éste, los sujetos de multiculturalismo y multilingüismo familiarogénico primario lo han podido adquirir de tres formas:

- 1) Cada padre tiene unos antecedentes culturales distintos y contribuye con un elemento diferente a la formación cultural del niño. Una variante de esto tiene lugar cuando, aunque los padres tengan los mismos antecedentes, haya otro miembro en el hogar, normalmente un abuelo, que posee una segunda cultura.
- 2) Uno o los dos padres pueden ser biculturales y el niño es educado con el biculturalismo como parte de su concepto de sí mismo.
- 3) Cuando el niño vive en una comunidad mixta o mezclada y está sujeto simultáneamente a un aprendizaje diverso entre su casa y el exterior. Es típica de un

niño cuyos padres pertenecen a una cultura minoritaria.

Además, otra forma de adquisición familiar del multiculturalismo es la que tiene lugar en una familia en transición, es decir, cuando la familia se encuentra en proceso de cambio durante la infancia de la persona.

Los demás tipos de multiculturalismo, según Taft, son idiogénicos más que familiarizantes, es decir, surgen de manera secuencial después de que se hayan establecido las pautas sociales básicas y el concepto del yo. En la biculturalidad idiogénica primaria, el paso de un niño concreto de una cultura a otra puede ocurrir durante el período de socialización primaria y suele conducir a la sustitución de la primera cultura por la segunda. La biculturalidad idiogénica secundaria es la circunstancia más corriente como fuente de mediadores entre culturas. Es la situación típica de los inmigrantes, los estudiantes extranjeros y los hijos de empleados en el exterior —la persona adquiere una o más culturas originales, y se añaden otras después. Esta adquisición cultural secundaria sucede como resultado de la exposición a la nueva cultura después de que la socialización ha hecho ya buena parte de su recorrido, es decir, después de la edad de siete años. La exposición puede variar desde el contacto indirecto mediante la palabra escrita o hablada, incluidos los estudios académicos, hasta una inmersión general en la que la persona emigra y corta virtualmente con su cultura original salvo en los recuerdos, algunos objetos personales y quizás un contacto ocasional. Incluso en esta última situación de aislamiento de la cultura original, es improbable que sus sentimientos de identidad y sus valores y estilo cognitivo básicos cambien completamente, aunque su idioma y las otras competencias propias de la cultura original puedan eclipsarse. La vuelta al entorno de la cultura original restablecerá los lazos emocionales y las competencias culturales plenamente, aunque cabe notar que estos pueden haberse convertido en anacronismos, ya que la cultura puede haber cambiado tanto que la realidad social no encaja con la que tenía la persona en cuestión. Si ha estado fuera de contacto con la cultura original puede no conocerla suficientemente bien en su versión actualizada como para actuar de mediador y además puede no ser consciente de esta deficiencia en su conocimiento. Puede que tampoco lo sean los que le rodean y que se vea llamado a mediar aunque no sea competente para hacerlo después de haber adoptado la cultura del país de acogida.

La variedad (1) de multiculturalismo familiar primario tiene lugar cuando los padres o un tercer miembro del hogar (un abuelo, una *nanny*, etc.) tienen antecedentes lingüísticos diferentes. Así le sucedió al ruso André Shirinsky, perteneciente a una familia pudiente, que salió de Rusia tras la revolución soviética para acabar viviendo en París y luego en Nueva York, pero que desde niño conocía varios idiomas, según cuenta su hija Alexandra Shirinsky:

Como era habitual, hablaban francés en casa. Y el alemán también, porque mi abuela era de origen báltico. También se hablaba el inglés porque tenían preceptores privados en casa. Mi madre por ejemplo me contaba que, antes de hablar en ruso con sus padres, tuvo una *Miss* inglesa, una *Fräulein* alemana y una *Mademoiselle* francesa; así que ya hablaba esos tres idiomas antes incluso de hablar ruso con sus padres. Esto naturalmente sucedía únicamente en las grandes familias, porque no todo el mundo tenía los medios como para tener este tipo de educación.

Dentro de este modelo encajaría el intérprete de las Naciones Unidas Nicolas Teslenko, según lo que contaba su viuda sobre el aprendizaje de los idiomas por su marido:

Nicolas era francés, porque nació en Rusia pero se fue de allí cuando tenía 6 años. Eran rusos blancos y eran intérpretes casi desde la cuna, porque desde que nacían

tenían prácticamente tres idiomas. Cuando estalló la guerra estaba a punto de obtener la licenciatura de Derecho. Entonces era todavía apátrida, pero sabía francés, ruso e inglés y se incorporó al ejército francés. [Después de ser hecho prisionero por los alemanes][c]onsiguió regresar a Francia, pero no sabía qué hacer y todavía estaba movilizado. Se enteraron de que sabía idiomas y el Gobierno francés le pidió que fuera a Londres a interpretar para una reunión de Ministros de Asuntos Exteriores. *No sé lo que es un intérprete*, dijo él. Pero de todos modos lo contrataron y así es como lo llevaron a trabajar: sabía los idiomas, sabía tomar notas, por la universidad, y aunque no había tenido experiencia de interpretar se vio que lo podía hacer. Luego estuvo en la primera Asamblea General de Londres y también fue uno de los primeros cuatro en la mesa del Consejo de Seguridad, junto con Thorogevsky, Jean Herbert y Daniel Hogg.

También encaja en esta tipología Jeannette Rohatyn, intérprete de la ONU en los comienzos de la organización, que era hija de padre estadounidense (con el que hablaba inglés) y madre francesa (con la que hablaba francés) y que tuvo el elemento añadido de su traslado de país en su adolescencia. En la entrevista me contó que se había criado en Ginebra y allí había vivido hasta los catorce años; fue a la escuela internacional y hablaba inglés, pero se sentía más a gusto en francés. Su madre era francesa y cuando volvió a los Estados Unidos en 1939 hablaba mucho mejor francés que inglés (cuenta algunos errores que cometía cuando llegó, por calcos del francés, *my preferated ice cream...*), aunque con su padre hablaba inglés. El hecho de ser bilingüe, pues, le permitía cumplir el requisito previo para hacer la prueba de la simultánea. A ella lo de ser intérprete no se le había pasado por la imaginación, entre otras razones porque había visto lo que hacían los Kaminker, por ejemplo, y se sentía incapaz de hacer tal cosa. Entonces se les oía en los discursos por la radio y a ella le parecía completamente inabordable la profesión, porque los consideraba gente muy preparada, con una memoria, aplomo y dotes de oratoria excepcionales.

Un caso que también combina elementos de esta variedad con el traslado de domicilio es el de Fernando van Reigersberg, que fue responsable de los servicios lingüísticos de la Unión Internacional de Telecomunicaciones en Washington. Es hijo de padre holandés políglota, pero con el que sólo hablaba en holandés, y de madre española, con la que sólo hablaba en español. En 1940, siendo niño, emigraron de Holanda a Madrid, llevando consigo a una señora mayor holandesa como institutriz de los niños (Fernando van Reigersberg y su hermano). Así recuerda Fernando su experiencia con el aprendizaje de los idiomas en su infancia en la entrevista:

Con aquella señora [la institutriz] aprendimos a leer a los 4 ó 5 años, en holandés primero. Desde muy pequeñitos leíamos en holandés y hablábamos en holandés con ella y con mi padre. En español hablábamos con mi madre y con los niños y parientes, pero mi hermano y yo éramos estudiantes del Instituto británico de Madrid. Así que un día normal para nosotros era despertarnos y la señora holandesa nos hacía decir nuestras plegarias matinales en holandés. Después salíamos a saludar a nuestros padres, en holandés a mi padre y en español a mi madre. Desayunábamos hablando en holandés, en el tranvía hablábamos español y al entrar en el Instituto británico hablábamos en inglés. Al final del día se invertía el orden lingüístico y así nos fuimos criando hasta el año 1945, en que por una serie de razones económicas y de trabajo mi padre decidió que nos debíamos ir a Tánger.

En este caso, habría un componente de transición y también de aprendizaje disociado entre el hogar y la escuela, al menos durante determinadas épocas de la vida de este intérprete, que también está en cierta medida presente en Elsa Haim, intérprete de la primera generación de las Naciones Unidas. Cuando le pregunté cómo había aprendido los idiomas para prepararse para la interpretación me respondió:

No me preparé. Nuestra generación no se preparó. *Les langues la vie nous les a apprises*. Es la vida la que nos enseñó los idiomas. Viví en Francia, en China, donde estudié en escuelas que enseñaban en inglés. Entonces no había el mismo tipo de baccalauréat de ahora, sino que nos preparábamos para el *brevet élémentaire* y para los *A levels* de Cambridge a la vez. Así es como aprendí el francés y el inglés. El español viene de la familia, ya que somos sefarditas y en mi familia se hablaba el judeoespañol.

George Sherry fue conocido como intérprete de Vishinsky en los años duros de la guerra fría en las Naciones Unidas. Le pregunto por la forma en que adquirió los idiomas y responde, casi descuidadamente, que los adquirió sin darse cuenta. En su casa en Bucarest tuvo gobernanta alemana, pero el idioma del hogar era el ruso. Pronto empezó con tutores de francés e inglés, aunque los estudios del liceo los hacía mitad en alemán y mitad en rumano, al tiempo que seguía hablando y leyendo el ruso. En Rumanía vivió la familia hasta 1939, momento en que el ambiente de antisemitismo se empezó a hacer insoportable y su padre liquidó sus propiedades y emigraron a Estados Unidos, donde cambiaron el nombre Szerszewski por Sherry. George terminó sus estudios de bachillerato y fue al City College en Nueva York, donde se graduó *summa cum laude* en 1944.

Anthony Mango se crió hablando cuatro idiomas: griego, ruso, francés e inglés, lo que constituiría a la larga un patrimonio enorme para el resto de su vida, aunque también un factor condicionante de su porvenir. A Mango le gustaban mucho las ciencias y las matemáticas y pensaba haber estudiado ingeniería electrónica o algo de ese tipo, pero, como durante la segunda guerra mundial y en la inmediata postguerra la Embajada británica en Estambul estaba muy necesitada de empleados con conocimiento de idiomas, él se colocó allí como traductor. Trabajó varios años en ese puesto, pero después fue a Londres para cursar sus estudios universitarios. Como entonces había perdido un poco el hilo de las ciencias, lo que le resultaba más fácil era estudiar alguna carrera de idiomas. Así que se licenció en ruso en la Universidad de Londres, cosa que no le resultó tan difícil puesto que era su lengua auténticamente materna. Luego se hizo intérprete de cabina inglesa de las Naciones Unidas.

La variedad (2) de multiculturalismo familiogénico primario se produce cuando uno de los padres o los dos son biculturales. Tal fue el caso de Jean Herbert, según cuenta su hija, Janine Yates, también intérprete:

Mi padre fue producto de dos franceses que hablaban y enseñaban inglés. Mi abuelo era un lingüista riguroso, que pertenecía a aquella generación que se sabía la Biblia y Dickens de memoria. Enseñó inglés durante 15 años en la Escuela de Ciencias Políticas de París. Mi padre se crió en ese ambiente. Durante la primera guerra mundial, cuando tenía 17 ó 18 años —no sé si engañó en cuanto a su edad— como hablaba inglés, fue inmediatamente destinado al ejército estadounidense, donde entonces nadie hablaba más que inglés, para servir de enlace con ellos. [...] En mi familia, por ejemplo, siempre se nos hacía hablar francés a mi hermana y a mí. Sólo cuando teníamos 12 años empezamos a dar inglés en la escuela. Mi madre era escocesa y totalmente bilingüe, porque se había criado en Francia. A partir de esa edad nos empezó a hablar en inglés. Antes apenas la habíamos oído hablar en inglés, sólo cuando hablaba con su madre, porque mi abuela había vivido cuarenta años en Francia pero no hablaba nada de francés. Mi madre y mi padre, en cambio, eran lingüistas de manera natural. Precisamente por eso, quizás, querían que tuviéramos una lengua materna. Ambos decían que daba igual lo que hiciéramos después, pero que debíamos tener un idioma materno.

Algo parecido cabe decir de Tony Cru, intérprete en ejercicio e hijo de intérprete de la SDN y de la ONU. El bilingüismo y el biculturalismo se remonta en su familia a varias

generaciones

Mi padre nació en Nueva York en mayo de 1911, de madre inglesa y padre francés. Mi abuelo, el padre de mi padre, había sido Director de la *Maison de l'Institut de France* en Londres y crítico literario de un periódico que entonces se llamaba *Le Temps* y que ahora se llama *Le Monde*, y su padre, es decir, mi bisabuelo, era francés, se había casado con inglesa y fue misionero protestante en Nueva Caledonia. A su vez su padre, mi tatarabuelo, era francés, casado también con inglesa y cultivador de viñas en Ardèche. Así se puede hacer idea de que la familia había sido francoinglesa durante varias generaciones.

Un último ejemplo es el de Tuan-li (Diana) Liao, intérprete de las Naciones Unidas, que se crió hablando distintos dialectos del chino, que sus padres también dominaban:

En casa hablábamos una mezcla de dialectos, debido a las circunstancias, porque en Hong Kong el idioma oficial es cantonés pero mis padres son de Hubei, así que cuando estaba mi abuela en casa hablábamos el dialecto de Hubei. *Hu* significa 'lago' y *bei* 'el norte', es decir, 'al norte de los lagos'. En cambio Hunan significa 'al sur de los lagos'. Hablábamos hubei con mis padres, abuelos y parientes, e incluso ahora cuando llamo a mi madre hablamos en hubei. En el colegio hablábamos cantonés pero los amigos de mis padres también hablaban mandarín porque procedían de la China continental.

La variedad (3) del multiculturalismo familiogénico primario se da cuando el bilingüe o bicultural vive de niño en una comunidad mixta y está expuesto simultáneamente a un aprendizaje distinto entre el hogar y el exterior. Este tipo abunda mucho entre mis entrevistados de distintas generaciones.

Gregory Meiksins nació en 1911 en Daugavpils (Letonia), «a orillas de ese río grande que tenemos allí, el Daugava» (el Dvina occidental). De muy pequeño, nada más iniciarse la primera guerra mundial, tuvo que huir con sus padres hacia el interior de Rusia, porque el frente enseguida llegó a Letonia. Así que los primeros años de su vida de los que tiene recuerdos vivió en Rusia —habla de dos ciudades, Kostroma y Simbirsk (ahora Uljanovsk), «junto al Volga»— donde naturalmente aprendió ruso. Con sus padres también hablaba ruso en casa, aunque su padre —que fue dirigente del *Bund* o Partido Social Democrático Judío, así como teniente alcalde de Daugavpils— hablaba yidish y supongo que letón también.

Después de la primera guerra mundial la familia regresa a Letonia, que se convierte en país independiente. Por aquellos años, me dice, se instaura en el país un ambiente auténticamente democrático, con exquisito respeto de los derechos de las minorías tal como estipulaba la Sociedad de Naciones; había escuelas en distintos idiomas y uno podía seguir los estudios que quisiera. De hecho, él asistió a la escuela primaria y secundaria rusa. Su idea era estudiar Derecho y para el examen de selectividad de esa facultad exigían una redacción en letón, por lo cual decidió que los dos últimos años de la escuela secundaria estudiaría en escuela letona. Así que también aprendió letón, que, junto con el lituano —«entiendo a grandes rasgos los periódicos en lituano, a pesar de no haberlo estudiado»— dice que es el idioma que más se parece al sánscrito clásico. Sin embargo, el estonio y el finlandés, que se parecen entre sí, pertenecen a otro tronco lingüístico diferente.

Ingresó en la facultad de derecho de Riga, donde fue miembro de las Juventudes Socialistas del *Bund*, que en realidad constituía una sucursal del partido menchevique ruso. En las juventudes socialistas judías se vio obligado a aprender el yidish, porque ese era el idioma que se utilizaba. En realidad, siempre lo habló con acento demasiado alemán, porque el alemán sí era idioma extranjero que se estudiaba en todos los programas educativos en Letonia. Me recuerda que Letonia estuvo siempre entre la

influencia alemana, desde los Caballeros Teutones de la Edad Media, y la influencia rusa. Por eso, el alemán era importante, sobre todo en la capital, Riga, donde *you couldn't find a job without Latvian, Russian and German*.

Georges Thorgevsky, emigrado desde Rusia, se crió y se educó en París, pero hablando ruso en casa, que es lo que le permitió ser intérprete entre esos dos idiomas en los primeros años de las Naciones Unidas. Una trayectoria semejante es la que tuvo Elisabeth Heyward, que fue intérprete en Nuremberg y después en las Naciones Unidas, quien respondía así a mis preguntas:

E.H.: Nací a finales de 1919 en San Petersburgo, de donde salí cuando tenía menos de un año de edad, porque nací en plena hambruna después de la revolución. En 1920 hicimos el recorrido clásico de los rusos que emigraban, es decir, primero Berlín, y cuatro años después, París. Cuando llegué a París tenía cinco años, la edad de escolaridad, y fui a la escuela francesa sin saber ni una palabra de francés.

J.B.: ¿Sus padres eran rusos?

E.H.: Sí, eran cien por cien rusos y hablábamos ruso en casa.

J.B.: ¿En casa sólo hablaban en ruso?

E.H.: Sí, pero sabíamos alemán, por haber vivido cuatro años en Berlín. Cuando llegué a Francia pronto aprendí francés. Afortunadamente, porque me metieron en la escuela sin saber francés y los demás niños se burlaban de mí. No olvide que en 1924 los recuerdos de la primera guerra mundial estaban aún frescos y todo lo que fuera alemán provocaba la hostilidad en Francia. Pero me esforcé e hice todos mis estudios en Francia.

J.B.: Le pregunto eso porque los orígenes lingüísticos son a veces la clave de ser intérprete.

E.H.: La clave de todos nosotros entonces era que éramos rusos y, teniendo en cuenta el medio en el que nos habíamos criado, la mayoría de nosotros estábamos acostumbrados al multilingüismo, porque era frecuente que en las familias hubiera gobernantas alemanas, francesas o inglesas y también eran comunes los viajes al extranjero. Los rusos burgueses de esa época y los de clases más elevadas hablaban varios idiomas. Así que había una buena preparación de base, y si piensa usted en los intérpretes de la primera época, en cualquiera de las cabinas, la mayoría eran rusos. Personas como León Lourié en cabina española o Vassiltchikov en cabina inglesa.

En estas últimas observaciones se destaca algo que el propio Thorgevsky me dijo en una de las entrevistas y es que, al comienzo de las Naciones Unidas, la mayoría de los intérpretes estaba compuesta de judíos o de rusos o de las dos cosas a la vez. En realidad, entre esos rusos blancos que dejaron el país durante la revolución soviética o poco después hay modalidades diferentes en el aprendizaje de los idiomas, por razones de edad y también de procedencia social más o menos alta. Unos habían aprendido los idiomas occidentales de pequeños en el entorno familiar ruso. Otros los aprendieron en su propio proceso de emigración y, por lo tanto, tendrían componentes del aprendizaje en *familias en transición*. El hecho de vivir ausentes del lugar de origen durante buena parte de su vida, así como las modificaciones que sufrió el ruso como consecuencia de la revolución soviética hizo que su trabajo de interpretación exigiera también una adaptación a las nuevas coordenadas de su país. Algo parecido les ocurrió a los compañeros chinos de la diáspora que interpretaron en las Naciones Unidas en los años inmediatos a la revolución china.

Mark Priceman, ayudante del coronel Dostert en la introducción de la interpretación simultánea en Nuremberg y en las Naciones Unidas, se vio sometido a varios de los extremos de la historia del siglo xx, lo que estuvo en el origen de su multiculturalismo

(Baigorri 2003: 129-130):

Mis padres eran rusos y yo nací en la Polonia rusa, en Bialystok, que era una pequeña ciudad judía, donde precisamente nació Zamenhof, el inventor del esperanto; ahora es una ciudad completamente polaca. Cuando yo tenía 8 años mi familia emigró a Alemania, así que fui a la escuela en Alemania desde los 8 a los 19 años. Terminé allí el *Abitur*, justo cuando Hitler llegó al poder. [...] Rechazaron mi solicitud de matrícula en la universidad por ser judío y corría peligro de que me detuvieran. Así que me marché de Berlín apresuradamente en 1933, cuatro meses después de que Hitler llegara al poder. Fui a París y me matriculé en la Sorbona. Estudié allí los tres años siguientes para conseguir mi *Licence*...

En cierta medida, la forma de aprendizaje de Priceman encajaría también dentro de las *familias en transición*, en su caso por razones políticas. Ese fue un caso relativamente frecuente en la época de revoluciones y de guerras que caracterizó al siglo xx. Nora Weiss, intérprete de cabina española, es otro fruto de la emigración provocada por la llegada de los nazis al poder. Aprende un idioma en casa y otros en la escuela y en la calle.

Mis padres eran austríacos, judíos asimilados, que emigraron a Colombia antes de la guerra mundial, en 1938. Hablaban alemán y ese es el idioma que hablábamos en familia en nuestra casa. Mi padre había hecho estudios administrativos y comerciales y se dedicó a actividades financieras. Mi madre era profesora de gimnasia. Somos dos hermanas, nos criamos en Colombia, y yo me fui a estudiar al extranjero después del bachillerato. Primero vine a Estados Unidos a aprender inglés, durante unos seis u ocho meses, y después volví a Colombia, estudié Filosofía y Letras y luego fui a Ginebra a hacer la Escuela de intérpretes. Esto fue en 1962. Aquí en Estados Unidos estuve en Washington, en Georgetown, haciendo un curso de inglés intensivo, nada de interpretación, sino sólo estudio del inglés. En Colombia había estudiado en un colegio patrocinado por el gobierno suizo en Bogotá. Pretendía ser bilingüe francés-español. Se estudiaba en español, pero daban clase de francés todos los días, como aquí en la escuela de las Naciones Unidas (UNIS), y en el bachillerato la literatura francesa y la historia europea se estudiaban en francés y las demás asignaturas en español.

Elena Howard, intérprete de cabina inglesa, también tuvo una formación disociada entre el hogar y la escuela:

Nací en La Habana, Cuba, en 1941. Mis padres eran los dos cubanos de tercera generación de ascendencia española. En casa hablábamos sólo español pero mi padre había recibido la educación universitaria en Francia y mi madre la educación secundaria en Estados Unidos. Así que mi madre hablaba bien el inglés y mi padre el francés, pero en casa hablábamos sólo en español. Yo fui a un colegio bilingüe, inglés y español, y además fui a la *Alliance Française* desde los 14 años. En Cuba había una liga de colegios bilingües cubano-norteamericanos. La secundaria la hice en Cuba, en los dos idiomas, inglés y español, cursé bachillerato de ciencias y de letras, y aquí en Estados Unidos hice estudios en la Escuela Diplomática (*School of Foreign Service*) en Georgetown, Washington D.C., y eso explica un poco cómo llegué a la interpretación.

Algo parecido le sucedió a Marta Herrera, intérprete de cabina española en las Naciones Unidas, también en La Habana:

M. H.: Yo nací en Cuba en 1943 y mi familia era de la mediana burguesía. Me mandaron a una escuela americana en Cuba porque pensaron que era la mejor forma de poder conseguir un buen trabajo. Estudié la primaria y el bachillerato en inglés, el equivalente de *high school* en la escuela americana. La primera enseñanza era en español hasta mediodía y el resto de la tarde en inglés; la segunda enseñanza la hice toda en inglés. Lógicamente, cuando me gradué tenía un buen

inglés, pero mi ortografía en español no era tan buena, así que tuve que ir después a una academia a reforzar el español, así como la historia y la geografía de mi país.

J.B.: Pero tú en tu familia hablabas español sólo ¿no?

M.H.: En mi familia hablábamos únicamente español, salvo con mi hermana, que era mucho mayor que yo, que tenía un inglés excelente, con la que a veces hablaba en inglés y ella me ayudaba mucho. Cuando me gradué tenía muy buen inglés, un español algo deficiente y un desconocimiento bastante grande de la historia y de la geografía de mi país, porque en lo que se hacía énfasis en el colegio al que fui era en historia universal y de los Estados Unidos así como literatura americana e inglesa. Después hice distintos cursos de gramática, ortografía, historia, literatura y geografía para rellenar las lagunas.

También a Fawaz Azem, intérprete de cabina árabe en las Naciones Unidas en Nueva York:

A mí me enviaron a un internado británico en Líbano cuando tenía 7 años y allí empecé a aprender inglés casi al mismo tiempo que el árabe. Después fui a la Universidad estadounidense en Beirut, donde estudié literatura inglesa. Permanecí en Líbano justo hasta antes de la guerra civil y me dediqué a la enseñanza de la literatura inglesa y de la traducción en colegios privados de enseñanza media.

Paula Faraone, intérprete en las cabinas francesa y española en la ONU, explica su bilingüismo por el exilio de su familia del Uruguay a París:

Mira, yo nací en marzo de 1966 en Montevideo y fui a vivir a Francia en 1974, es decir con 8 años. Había hecho hasta tercero en la escuela de Montevideo. De hecho, me acuerdo que estaba en la escuela el día que llegó mi padre a decirme que nos íbamos a París, Francia. Yo no sabía cuál era la capital y cuál el país, para mí todo era lo mismo. Antes de llegar a París me mandaron como tres meses a la *Alliance* y estudié un poco de francés. Cuando llegamos a París, mi hermana y yo fuimos a estudiar en una escuela que estaba experimentando lo que llamaban clase de iniciación, en la que ponían durante unos meses a los niños extranjeros recién llegados. Nosotros llegamos en mayo y en septiembre empecé el curso en una clase normal con los demás niños.

A este tipo de multiculturalismo por familia en transición pertenecería también Nicolas de Stjernvall, miembro del grupo de rusos que salieron en la oleada inmediata a la revolución soviética o que, como él, nacieron en pleno éxodo. Él nació en 1919 en Tbilisi, capital de Georgia, hijo de madre rusa. Salieron de Rusia a Finlandia, que es el país que le dio la nacionalidad que sigue conservando. Pasaron también cuatro años en Suecia, pero la enseñanza primaria y la secundaria las hizo ya en Francia, que era el destino corriente de la emigración rusa de la época. Con su madre hablaba siempre en ruso. Se atiende, pues, a la característica de bilingüe que fue tan habitual entre los intérpretes de la primera generación de las Naciones Unidas.

El segundo tipo, en la clasificación de Taft, es el «idiogénico secundario», es decir, aquel en el que los idiomas se adquieren fuera del ambiente de la familia, por ejemplo por emigración o simplemente por estudio. Se parte, pues, de una cultura primaria y se adquieren otras culturas e idiomas. Abundan los ejemplos de este tipo entre mis entrevistados.

Pierre Lambert, intérprete de la primera generación de las Naciones Unidas y luego de la Organización Mundial de la Salud en Ginebra, nació el 30 de junio de 1912 en Ginebra (Baigorri en prensa):

P. L.: Mi padre fue periodista y siempre insistió mucho en la calidad del francés. Me hacía leer libros, consultar diccionarios, y de ello me ha quedado algo, igual que traté de «normalizar» mi francés, librándome del acento ginebrino suizo. Mis

padres eran los dos de Ginebra y sólo hablaban francés. Mi padre no sabía ni una palabra de ningún idioma extranjero.

J.B.: ¿Cómo se hizo usted políglota? ¿Qué estudió usted?

P.L.: Eso se debió un poco a mi carrera. Hice un año de estudios de derecho en Alemania, en Francfort. Después el alemán me sirvió de mucho en Dantzig, donde fui colaborador directo de Carl Burckhardt, que era Alto Comisionado.¹ La situación creada por el Tratado de Versalles era sumamente enredada. Para satisfacer a los polacos se les dio el corredor de Dantzig, que llegaba hasta el mar, pero no se les había dado la ciudad de Dantzig, aunque sí estaban encargados de los asuntos diplomáticos de esa ciudad. Había un Consejo Internacional de Cursos de Agua, presidido por un holandés; había un Senado de Dantzig, con una responsabilidad reducida; la administración de Correos era polaca. Además estaba el Alto Comisionado de la SDN para Dantzig. Todo esto daba por resultado un juego diplomático sumamente complicado. Dantzig era un puesto avanzado al que vi llegar, a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron, la segunda guerra mundial. [...]

J.B.: Usted había aprendido ya el alemán en sus estudios en Alemania, lo que le debió de ser muy útil en Dantzig, ¿no?

P.L.: Era el idioma oficial. Los polacos de las clases educadas y elevadas hablaban todos francés. Además, entonces yo estaba casado con la nieta del pintor Segantini.² Ella me dio algunas nociones de italiano y durante la segunda guerra mundial fui delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja por Italia. Así que hablé italiano, que había aprendido simplemente escuchándolo. Es quizás el único idioma que aprendí solamente de oído. De vuelta en Suiza, como era funcionario federal y eso me aburría mucho, empecé a hacer traducciones de novelas inglesas. Había aprendido el inglés en el liceo, pero naturalmente muy mal. De hecho, cuando llegué a Nueva York no entendía ni una palabra de lo que me decían en la calle. Había aprendido una especie de inglés literario, pero no la pronunciación, que me dio mucha guerra durante varios años. Para hacer oído me dediqué intensamente a escuchar la radio, porque no entendía lo que me decía la gente de la calle.

Raúl Gáler, que fue jefe de la sección de intérpretes en la Oficina de las Naciones Unidas en Ginebra me decía:

Siempre insistió [mi padre] en que yo debía aprender el inglés y desde los 7 años me puso profesores particulares, mientras que en la escuela secundaria aprendíamos francés, la verdad es que bastante mal. De todos modos, siempre tuve una cierta fascinación por los idiomas. Yo nací en 1929, y por tanto tenía pocos años cuando la segunda guerra mundial. Recuerdo que, más o menos en el año 1942, había en la radio argentina dos intérpretes que reproducían en español los discursos de Churchill y de Roosevelt. No eran intérpretes profesionales. Uno era el jefe de taquígrafos de diputados, que se llamaba Andrés Watson —los colegas lo llamaban ‘el inglés Watson’— y lo que hacía era tomar en taquigrafía en español el discurso de Churchill en inglés y luego leerlo en consecutiva. Es decir, que terminaba el discurso y él leía su versión de los signos taquigráficos. Como yo estudié taquigrafía y mi primer oficio fue de taquígrafo parlamentario, siempre me

¹ A Burckhardt lo cita Eugen Dollmann en sus memorias (1967: 96) como biógrafo de Heydrich, con el que se reunió el Alto Comisionado para solicitar la inspección de los campos de concentración alemanes. El historiador suizo Carl J. Burckhardt era sobrino de Jakob Burckhardt autor del libro sobre el Renacimiento italiano *Die Kultur der Renaissance*. Carta de Pierre Lambert al autor, de 10 de octubre de 1997.

² Giovanni Segantini (1858-1899), pintor de paisajes alpinos y de alegorías, con técnica que mezcla simbolismo con neoimpresionismo.

quedó esa gana de hacer lo que había hecho el inglés Watson. El otro intérprete era uno al que conocimos en las Naciones Unidas, Juan Lefcovich, que había sido traductor y jefe de taquígrafos muy fugazmente, pero que estaba muy vinculado al servicio de informaciones estadounidenses, y para los discursos de Roosevelt le traían página tras página con un motociclista. El hacía una interpretación a primera vista. Esos son los dos casos que yo conocí de chico y que me fascinaron para después.

Guido Gómez de Silva recuerda así cómo se planteó ser intérprete, mientras trabajaba en la biblioteca de las Naciones Unidas:

Estaba yo sentado junto a él [George Sherry] y le dije que quería ser intérprete; era una idea que yo tenía desde hacía tiempo, ya que tenía los idiomas. El francés porque había pasado 6 años en Francia cuando estaba en la escuela primaria, de los 6 a los 12 años, en Niza. Y el inglés porque lo había estudiado un poco en México y después ya llevaba aquí algún tiempo —más de un año en Columbia y más de dos en Naciones Unidas— de modo que yo sentía que los tres idiomas los tenía. Sherry, con el que hablaba en inglés, me hizo hablar en francés, juzgó que conocía los idiomas y me dijo: *Lo único que tienes que hacer es ir a ver al jefe de la Sección y decirle que quieres ser intérprete.*

Monique Corvington, que en el momento de las entrevistas era jefa de la Sección de interpretación en la ONU en Nueva York me contaba cómo había aprendido los idiomas:

Yo tengo una tía suiza-alemana y ella me dijo que como ya sabía español, porque había vivido en México un año, donde hice mi segundo bachillerato en el Liceo franco-mexicano, podía aprender inglés y hacerme intérprete, para lo cual había una Escuela en Ginebra. Así que fui a Ginebra. Mi hermana estaba en Lausana estudiando para enfermera y yo pasé en Ginebra los cuatro años siguientes estudiando interpretación, pero fue por pura casualidad, porque antes de eso nunca había oído hablar de la interpretación. De hecho tuve muchos problemas para seguir los cursos, porque en Ginebra si se escoge hacer un curso de inglés, de geografía o de historia, se enseña en inglés. La historia y la literatura españolas las aprendíamos con el Sr. Arbex y esos cursos los podía seguir sin dificultad. Pero para el inglés me enviaron a Cambridge, donde estuve 9 meses aprendiendo inglés. Después volví a Ginebra y terminé en 1968. Después de graduarme fui inmediatamente a trabajar a Turín al centro de la OIT para formación de *cuadros* de países en desarrollo, y estuve cinco años allí, donde aprendí italiano. Una vez estaba de viaje aquí en Nueva York, por asuntos familiares y conocía a Lola Brachman, que a su vez conocía a Pojidaeff, que era entonces un personaje importante de la interpretación. Este me dijo que debía ir a las Naciones Unidas. A mí me pareció descabellada la idea, pero me puse a practicar sola en una salita que había en el piso 17 con un pequeño magnetófono y me hicieron un examen. Me dijeron que si quería, podía quedarme y empezar el lunes siguiente. Yo respondí que tenía mi empleo en Turín y que no podía hacer las cosas de una forma tan repentina. Así es que de esa forma llegué a la interpretación, totalmente *par hasard*.

Javier Larraz, ex jefe de la Sección de interpretación en la Oficina de las Naciones en Ginebra y a la sazón profesor en la ETI de Ginebra, recuerda así su aprendizaje de idiomas y su desembocadura en la interpretación:

Nacido en Pamplona en diciembre de 1931; bachillerato con los Hermanos Maristas de Pamplona; Licenciado en Derecho por la Universidad de Zaragoza; estudios lingüísticos ninguno, salvo claro está, el bachillerato clásico en donde estudiabas francés siete años; y en los últimos 3 o 4 años de bachillerato se estudiaba alemán. Afortunadamente, las tornas en la guerra obligaron a reciclar rapidísimamente en el verano —quizás del 43 o el 44— al profesor de alemán para

que empezase a darnos clase de inglés porque se veía ya que la guerra la iban a ganar los aliados y no los alemanes. Vengo de una familia anglófila y francófila. Mis estudios de lengua son caseros. Ten en cuenta que el pasaporte es un documento que sobre todo a ciertas personas les está vedado. Pero al terminar Derecho me voy a Inglaterra a estudiar inglés medio año; me voy a la facultad de Derecho de Burdeos a estudiar francés de viva voz y sobre el terreno; y si digo la Facultad de Derecho no es por razones de estudios de Derecho sino solamente para obtener una tarjeta de estudiante universitario que te permitía comer en los restaurantes universitarios en donde rápidamente aprendes gracias a compañeros franceses. Me presento en Madrid a las oposiciones al cuerpo diplomático por un deseo de salir del país y las suspendo. Sí diré por qué he caído en este mundo de la interpretación, y eso te puede hacer gracia. La firma del Tratado de Defensa o Cooperación entre EE.UU. y España da lugar a que los EE.UU. organicen viajes a pequeños grupos de media docena de ingenieros, militares... para que vayan a Estados Unidos a estudiar instalaciones militares o fábricas textiles. En realidad eran unas colonias escolares. A la vuelta de los grupos a España y al hacer la presentación del informe de lo que habían conocido en Estados Unidos hubo una queja unánime y era la incompreensión de lo que decían los intérpretes que el Departamento de Estado les ponía a disposición, cosa que produjo asombro e inquietud entre las autoridades norteamericanas hasta que se descubrió que la razón de la dificultad de pasar el mensaje residía en el hecho de que los intérpretes eran cubanos y puertorriqueños. Así que rápidamente buscaron intérpretes españoles de España. Y allá fuimos *la crema y nata de la intelectualidad*, sobre todo porque el número de personas que conocía inglés era escasísimo y si mal no recuerdo, pues por ejemplo Arturo Rumeu, Patricio Ruedas —que llega a ser Subsecretario General de las Naciones Unidas— y yo somos ex alumnos de la Escuela Diplomática. Empezamos pues a trabajar con el Departamento de Estado por hablar castellano, a diferencia del latinoamericano. Del Departamento de Estado pasó a las Naciones Unidas en Nueva York como intérprete.

Igor Korchilov, que ha publicado en sus memorias su historia como intérprete del régimen soviético (1997), aprendió tarde el idioma que luego le serviría para mediar entre los personajes más influyentes del momento.

Cuando terminé el bachillerato en 1959 me puse a trabajar como proyccionista de cine. Tenía que ganarme la vida y me gustaba el cine, así que me pareció que era un oficio estupendo, porque podía ver gratis las películas. Como ganaba poco, los sábados por la noche trabajaba como *pinchadiscos* en el auditorio del mismo cine, que se convertía en salón de baile para jóvenes. La música que poníamos era la típica música soviética de la época, pero un día se acercó a la cabina un tipo, que era bailarín de una compañía de baile georgiana, con un disco que acababa de traer de Estados Unidos, donde había estado de gira, y me pidió que lo pusiera. El disco era de Elvis Presley y yo no tenía ni idea de quién era, pero de todos modos lo puse y a la gente le encantó. A mí también me gustó mucho y me entró mucha curiosidad por saber qué es lo que decía en las letras. Entonces no entendía una palabra de inglés y se me ocurrió la idea de empezar a estudiar ese idioma. A la mañana siguiente fui a la librería local, compré los libros de texto de inglés que pude encontrar y empecé a estudiar inglés desde cero. Me acuerdo perfectamente que fue el día 7 de enero de 1960. Me puse a estudiar yo solo, sin ayuda de nadie, porque ya estaba fuera de la escuela y no tenía contacto con profesores que pudieran darme inglés. El único que me ayudó fue un estudiante de mi ciudad, que iba a diario al Instituto de lenguas extranjeras de Pyatigorsk, una ciudad que estaba a unos 30 minutos de la mía en tren. Aquel chico me ayudó mucho al principio, porque me enseñó a pronunciar las combinaciones de sonidos. Cuanto más profundizaba en el estudio, más me gustaba y soñaba, como había hecho desde pequeño, cuando leía libros de viajes, que conociendo idiomas tendría la

oportunidad de viajar por el mundo. Para ello me daba cuenta de que tenía que seguir cursos superiores y ese amigo me insistía para que me matriculara en su mismo Instituto, pero yo preferí intentar las pruebas del Instituto Maurice Thorez de Moscú. Así que empecé a prepararme para el examen de ingreso, en el que había varias asignaturas, como historia, literatura, lengua rusa y la lengua para la que uno quisiera presentarse. Me preparé durante un año y en agosto de 1961 aprobé y me pude matricular en el Maurice Thorez.

Pavel Palachenko, otro intérprete ruso que trabajó entre las autoridades soviéticas y sus contrapartes estadounidenses y británicas, también ha escrito sus memorias (1997). En una entrevista me cuenta que él aprendió su inglés empezando con las canciones de los Beatles, como me pasó a mí, que pertenezco a su misma generación, aunque él sea cuatro años mayor que yo (nació en 1949) y también a Marani (2005). Él también escuchaba la emisora de radio *Voice of America* y otras emisoras, que le servían para aprender y mejorar su inglés, así como para enterarse de lo que sucedía en el mundo desde otra perspectiva distinta del régimen totalitario que prevalecía entonces en la URSS. Dice que hasta 1982 o 1983 esas emisiones se podían oír sin interferencias en la Unión Soviética. Parece que fue durante el mandato de Andropov cuando se empezaron a emitir señales de interferencias para contrarrestarlas.

Stephen Pearl, ex jefe de la cabina inglesa en la ONU en Nueva York, reflexiona así sobre el bilingüismo y sobre el aprendizaje de idiomas, comparando la generación de los *naturales* con la que aprendió los idiomas de otra forma.

Ser bilingüe no es en sí mismo ninguna prueba de que se esté interesado en los idiomas o de que se sea bueno para ellos. Si quieres alguna prueba concreta, que no he puesto por escrito, existen los registros grabados en cinta, en algún lugar de los archivos de la ONU. Cuando esta generación que me precedió, cuya mayoría creció siendo bilingüe o trilingüe y fueron considerados como gente *natural* para este trabajo —por razones fáciles de entender— cuando se vieron enfrentados, digo, con la tarea de aprender otro idioma, debido a los cambios en el reglamento antes de que yo llegara (hubo que empezar a trabajar de dos idiomas extranjeros al otro) es difícil para cualquier ajeno imaginar no sólo que esta gente era poco buena para ello sino activamente malos, eran malos para el aprendizaje de idiomas. Nadie puede concebir eso en abstracto, porque se piensa que son lingüistas. [...] Me apura muchísimo mi edad, pero la revelaré. Nací hace 63 años [en 1997] en Londres. Mi familia no hablaba más que inglés, así que me crié hablando sólo inglés. En cuanto a la educación, mi formación principal es en latín y griego clásicos, incluso en la universidad. Entretanto, hice el servicio militar y me enseñaron ruso en un curso militar, entre el bachillerato y la universidad. No tenía entonces ninguna idea de que pudiera utilizar el ruso para ninguna finalidad práctica, excepto para la tercera guerra mundial. Así que mis antecedentes son más bien atípicos, monolingües. Mi caso es atípico porque normalmente uno espera otro tipo de gente, sobre todo de mi generación, que se hicieron intérpretes antes de que hubiera *escuelas*.

Fred Ronkin, intérprete de cabina inglesa en Ginebra, se refiere así al aprendizaje de los idiomas:

En cuanto a los idiomas, [mis padres eran] estrictamente monolingües. Mis padres eran los dos de Europa y fueron a los Estados Unidos cuando eran jóvenes, así que el idioma común en la familia fue el inglés. Mi madre lo aprendió muy bien. Mi padre, que creo que era de Bielorrusia, menos bien. Pero, a efectos de comunicación, el único idioma que se habló en la familia fue el inglés. Así que yo no tengo los antecedentes del intérprete salido de Rusia, emigrado a Berlín o Shanghai, con niñera francesa y gobernanta suiza, ni nada de eso. Nuestro idioma era el de las calles de Nueva Jersey y Nueva York —el Bronx, Brooklyn—. El español, aprendido en *El Barrio* de Nueva York, donde trabajaba para una empresa,

y allí se desarrolló mi amor y nostalgia por un lugar en el que nunca había estado, porque conocí a tres hermanas puertorriqueñas. Con la primera salí, con la madre de *carabina* y cantaban *Como arrullo de palmas...* Eran de Mayagüez, Puerto Rico. Así adquirí el español. El francés me vino por la escuela y la universidad. Una de las asignaturas principales en la universidad fue el francés. Después de la guerra fui a la universidad de México, en virtud de la declaración de derechos de los soldados (*GI Bill of rights*) y me licencié allí. Y después fui a París, donde obtuve un Diploma de Fonética en la Sorbona. Pero toda mi vida fue monolingüe. Es decir, que aprendí los idiomas con las dificultades típicas de un monolingüe, no como otros intérpretes, muchos de los que conozco, que aprenden un idioma sólo con olerlo. Para mí fue una cuestión de *sangre, sudor y lágrimas*.

Stephi Van Reigersberg en el momento de mi entrevista era la responsable de la interpretación para el Departamento de Estado de los Estados Unidos en Washington. Así aprendió los idiomas:

Nací en Missouri en un pueblo chico el 27 de octubre de 1940. Mis padres son judíos, mi padre de Lituania y mi madre de Odessa, tres de mis cuatro abuelos nacieron en Europa, mi abuela materna nació en Estados Unidos. Pero en mi casa se hablaba únicamente el inglés. Mi madre nació en Denver, era pianista y actriz y pertenecía al mundo del teatro, de la música y toda la historia de sus antepasados le importaba un comino. Incluso ahora que tiene 82 años y le preguntas de dónde es te responde: *¿Qué importa?* Es muy estadounidense en el sentido de los estadounidenses que quieren romper con el pasado. Mi padre en su casa hablaba yidish pero nunca nos enseñó nada. A mi madre no le gustaba que nadie hablara en yidish, porque consideraba que eso era una indicación de que no estábamos tan asimilados como ella quería. Eso es muy típico en esa parte del país. Yo me crié con un doble mensaje, porque mi madre por un lado me decía que tenía que aprender idiomas extranjeros porque eso me iba a ampliar el mundo, pero al mismo tiempo quería que fuera lo más estadounidense posible. Tanto es así que me mandó a una escuela interna en tercer año de High School y allí fue realmente donde yo aprendí por primera vez un idioma extranjero. [...] Empecé a conocer a la gente de la ONU por las visitas que hacía a casa de Dan Hogg y después en la universidad estudié francés y alemán. En el medio de mis estudios universitarios fui a México de vacaciones y me dije: *¿Qué diablos estoy haciendo estudiando alemán?*, porque había estado dos veranos estudiando en Berlín y en Nuremberg. Los mexicanos me parecieron muy alegres y convencí a mi profesor de alemán para que me dejara seguir con el alemán un poco más y gané una beca para estudiar en Francia. Como el español lo empecé tarde pensaba que tenía que hacer algo y convencí a los de la universidad para que en vez de ir a Francia me dejaran ir a un país latino, y fui a Lima, sin hablar español, y allí pasé nueve meses sin hablar inglés una sola vez y realmente fue donde aprendí a hablar español. No lo hablaba muy bien pero mucho mejor que si lo hubiera estudiado en la universidad varios años.

J.B.: O sea, que tú el español lo empezaste a aprender relativamente tarde.

S.V.R.: Muy tarde, el francés no tan tarde pero casi tan tarde. Pero no importaba porque Dan Hogg ya me había explicado que yo tenía un idioma materno tan arraigado y tan claro que no había duda de que yo no iba a trabajar fuera de la cabina inglesa.

Monique Fong Wust ha ejercido la profesión como intérprete independiente, sobre todo en Nueva York, durante unos cincuenta años.

J.B.: ¿Cómo habías aprendido los idiomas, el inglés y el español?

M.W.: El español lo hablaba muy mal entonces. El inglés lo había aprendido en el liceo y luego había hecho una práctica muy curiosa en el cine. Me tocó trabajar con un guionista de habla inglesa y, en una ocasión, se necesitaba un guión con

urgencia y se le ocurrió que lo mejor era dictar en inglés y que yo fuera mecanografiando directamente en francés. ¡Así es como hice *simultánea* en 1949! Trabajé mucho con ese guionista, que se llamaba Jan der Hartog, que escribió obras y novelas de éxito. Así que ese tipo de actividad me obligó a trabajar mi inglés.

J.B.: ¿Y el español?

M.W.: Yo formaba parte del grupo surrealista. Un día llegó una pareja a París que no tenía aspecto de rica pero sí de cosmopolita. Eran Octavio Paz y su primera mujer. Yo había aprendido un poco de español porque tenía una hermana que lo estaba estudiando, pero no conocía bien el idioma. No obstante, me había enamorado de México por una película. Octavio tenía entonces 35 años y me invitaron a cenar. Fui a su casa, un apartamento grande que les pagaba la Misión y que estaba cerca de casa de mis padres. Tenían reuniones de amigos con los que se reunían todos los martes en un café de Montparnasse que creo que se llamaba *Café des Etats Unis*. Iba con él al café, donde había refugiados españoles, como Serrano Plaja, que era encantador, y jóvenes de distintos países con becas de la UNESCO. Entre otros estaba Ernesto Cardenal, que luego fue Ministro de Cultura. Te estoy hablando del año 1949 o 1950. En ese café al principio todo el mundo me hablaba en francés con toda gentileza, pero pronto dijeron: «Mira, no nos reunimos aquí para hablar en francés, así que tienes que hacer el esfuerzo de aprender español». Cogí el método *Assimil* de mi hermana, el *Laberinto de la soledad* de Paz y un diccionario. Entre eso, el Café, y el hecho de que también había un día a la semana veladas en casa de Octavio Paz donde había refugiados españoles fui aprendiendo. Dicen que en ese grupo estaba Michel Foucault, pero yo nunca lo vi. Había algunos franceses, pero pocos. La mayoría de la gente hablaba español, así que era este idioma el que se hablaba. No es difícil aprender el español mal.

Debate y conclusiones

Este estudio ha querido hacer justicia al título y, por eso, ha primado en él la voz de los intérpretes, en tanto que ecos del pasado. Creo que esto sirve para demostrar el interés que tiene este tipo de entrevistas como método de investigación para la historia de la profesión de intérprete. Con ello me propongo reivindicar la historia oral como método legítimo de plasmar la memoria histórica de la profesión a partir de los testimonios de sus protagonistas. Creo que así se contribuye a preservar un patrimonio valiosísimo para conocer nuestros antecedentes profesionales que corre el riesgo de perderse. Aun cuando buena parte de las referencias en este artículo tienen que ver con intérpretes que ya están jubilados (y algunos fallecidos, como el padre de Tony Cru, Nicolas Teslenko, Jean Herbert o Pierre Lambert) —el propio Lambert me dijo: «Debe usted darse prisa, porque con la edad que tenemos pronto no va a quedar nadie de los que trabajaron al principio»—, creo que este método puede y debe aplicarse también a generaciones actuales de intérpretes en ejercicio, en línea con las propuestas historiográficas hechas por Aróstegui en una de sus obras recientes (2004). Tengo la convicción de que la historia de la profesión es un capítulo necesario en la enseñanza de la profesión de intérprete y por eso animo a otros a continuar esta línea de investigación y a repensar la historia partiendo de otras coordenadas generacionales distintas de las mías y de las de mis entrevistados.

En este artículo he querido incidir sobre todo en uno de los componentes del profesional de la interpretación, el del dominio de sus idiomas —asociado también al conocimiento de las culturas— y el de los métodos de adquirirlos. Una conclusión innegable, al final de estas páginas, es que no hay un único camino, sino una gran variedad de posibilidades. Aunque no se puede establecer una tipología estricta, está claro que en la generación inicial de las Naciones Unidas predomina el aprendizaje *natural*

familiogénico, que tiene habitualmente su correlato en una forma casual de llegar a la profesión. Es cierto que hay entre ellos muchos bilingües, pero no todos lo eran en sentido estricto, es decir, no siempre eran *equilingües*, lo que desmitifica la idea de que para interpretar es preciso el equilingüismo. A este respecto me parece interesante el trabajo inédito aún de Martín Ruel (2005) sobre este tema. De este estudio sobre intérpretes bilingües de AIIC parece desprenderse que su condición de bilingües les otorga cierta ventaja a la hora de aprender otros idiomas. En las entrevistas que he mostrado aquí se aprecia que algunos de ellos aprendieron los demás idiomas a base de esfuerzo, como el resto de los mortales. En un libro reciente de Moix (2006: 84) sobre Eduardo Mendoza, que también fue intérprete de las Naciones Unidas, se dice lo siguiente, respecto a las primeras generaciones:

El perfil de los hombres traductores o intérpretes —dice la mexicana Melania Ahuja, colega y durante unos años compañera sentimental del escritor— suele ser, valga la generalización, el de personas que por circunstancias de su vida familiar se han criado hablando varios idiomas, ya sean refugiados políticos, hijos de diplomáticos o de padres de distinta lengua, inmigrantes, etcétera. Muchos de ellos, sobre todo en las viejas generaciones, nunca se propusieron ser intérpretes o traductores, sino que acabaron en ello por indefinición profesional o por falta de otras oportunidades. Es una labor generosamente retribuida, en especial para los *free-lancers*; no produce estrés y da posibilidades de viajar y conocer mundo. También se da mucho en hombres que no son *alpha males*; es decir, que de alguna manera se han querido evadir del mundo profesional masculino más tradicional, donde la competencia es feroz.

Aunque es un tema que no hemos tratado aquí, el fenómeno de la feminización de la profesión ha acompañado a la evolución de la profesión a lo largo del siglo xx a la vez que se producía un creciente peso de las escuelas en la formación de los intérpretes de conferencias. Los comentarios de Ahuja, hoy jefa de la cabina española en las Naciones Unidas en Nueva York, respecto a la tipología de los varones intérpretes puede ser una observación que convenga tener en cuenta a quien haga estudios de género sobre la cuestión.

En la generación intermedia el aprendizaje fue más del tipo idiogénico secundario, en el que intervienen no sólo las condiciones naturales sino también un fuerte elemento de motivación, que es el que contribuye en buena medida al proceso de tipificación de la profesión de intérprete de conferencias. Todavía hay entre ellos intérpretes que lo son por casualidad, pero algunos, desde luego, llegan a la profesión gracias al esfuerzo y no por el simple hecho de tener los idiomas adecuados en el momento oportuno. Hay entre ellos menos bilingües.

Las generaciones más recientes aprendieron los idiomas después de haber aprendido su lengua materna, y con frecuencia gracias a una escolarización en un idioma de instrucción distinto del hablado en el hogar, aunque hubo casos de quienes los aprendieron relativamente tarde, lo que no les impidió actuar como intérpretes en negociaciones de alto nivel trabajando hacia su lengua extranjera, como en los casos de Korchilov y Palazchenko.

Un rasgo que parece aplicarse a todos es que, en mayor o menor medida, el factor de la migración, por diferentes motivos, ha desempeñado un papel importante en la consolidación del bilingüismo y biculturalismo que, en sentido lato, consituyen ingredientes necesarios para ser intérpretes. Hay excepciones, como los intérpretes aquí citados formados bajo el régimen soviético, que no tuvieron experiencia de estancias en el extranjero antes de comenzar su tarea profesional. En cambio, son numerosos los casos de *third culture kids*, con filiación en distintas patrias, que es lo mismo que decir

sin un arraigo sólido con el lugar que les vio nacer.

Si diéramos el salto a la generación actual, a los intérpretes que se están incorporando recientemente a trabajar en las instituciones internacionales, que pueden servir de espejo más cercano a los alumnos que se están formando en nuestras escuelas de interpretación hoy en día, veríamos que la situación se parece poco a lo que se ha reflejado en este artículo. El factor de las tecnologías de la información y de la comunicación y la agilización de los transportes internacionales para quienes tienen acceso a unas y a otros tiene un peso considerable en la formación en idiomas. Los medios de comunicación actuales y también los propios programas de enseñanza están permitiendo unas posibilidades de aprendizaje de los idiomas que posiblemente harán que quien escriba un libro similar al de Marani con la experiencia generacional de nuestros días diga cosas totalmente diferentes a las que dice él en su obra. En una generación como la mía lo raro era tener siquiera un tocadiscos con material lingüístico con el que aprender (ni siquiera las canciones eran siempre asequibles por razones técnicas y también por razones económicas), lo único asequible —y con una calidad acústica que dejaba normalmente mucho que desear— era la radio de onda corta; era rarísimo salir al extranjero (salvo los hijos de diplomáticos o de grupos sociales favorecidos desde el punto de vista económico o cultural) y el profesorado local raramente había estado expuesto a una formación «natural». Hoy en día se puede vivir virtualmente en otro idioma gracias a los medios de comunicación (sobre todo, pero no sólo, si ese idioma es el inglés), se puede leer la prensa en pantalla o en papel sin un coste excesivo, se puede viajar a precios asequibles y realizar largas estancias en países extranjeros. En el ámbito en el que nos movemos, la Unión Europea, todo esto es más cierto aún desde la implantación del sistema de becas Erasmus, hasta el punto de que nuestros nietos serán también un poco los nietos de Jacques Delors, que fue quien implantó aquel programa. Estas futuras generaciones, criadas con Internet y sus derivados que no somos capaces aún de intuir, hijos de parejas de padres de distintos idiomas, gracias en parte a los encuentros que facilitan las becas Erasmus, tal vez vuelvan otra vez a ser los *third culture kids* y bilingües naturales de otra época. Para ellos, el perfil profesional que incluya la interpretación a distancia, con el apoyo de monitores en cabinas o en puestos de trabajo deslocalizados, resultará quizás lo corriente.

Cabe señalar que en esta época estamos siendo testigos de otros movimientos de población (y por tanto de transferencia de lenguas) que no tienen que ver con el modelo que acabamos de describir. Los bilingües y biculturales se están haciendo también en nuestros países gracias a los hijos de los inmigrantes de idiomas diferentes. Con frecuencia, los padres desean que los niños se asimilen a la cultura mayoritaria, por considerarlo más ventajoso para ellos con vistas a la integración o por considerar a esa cultura más *rentable* desde el punto de vista económico. De ahí que se integren fácilmente en los sistemas educativos de los países de llegada. Esos niños, sobre todo en la primera generación, se ven obligados a actuar frecuentemente de intérpretes espontáneos y sin formación en situaciones que no tienen que ver con la interpretación de conferencias. Bien seleccionada y canalizada, esa puede constituir una cantera preciosa de intérpretes profesionales en el futuro.

Bibliografía

- Aróstegui Sánchez, J. (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Baigorri, J. (2003). «Mark Priceman: cosmopolita de Esperantia». *Sendebarr* 14. 127-139.

- Baigorri, J. (en prensa). «Pierre Lambert: Ecos de la Sociedad de Naciones». *Sendebar*.
- Dollmann, E. (1967). *The Interpreter. Memoir of Doktor Eugen Dollmann*. Londres: Hutchinson. [Trad. de J. Maxwell Brownjohn.]
- Hofstadter, D. R. (1997). *Le Ton beau de Marot. In Praise of the Music of Language*. Londres: Bloomsbury.
- Joutard, P. (1983). *Ces voix qui nous viennent du passé*. París: Hachette
- Korchilov, I. (1997). *Translating History*. Nueva York: Scribner.
- Marani, D. (2005). *Come ho imparato le lingue*. Milán: Bompiani.
- Martín Ruel, E. (2005). *Bilingüismo e interpretación*. Salamanca: Universidad de Salamanca. [Trabajo de grado dirigido por J. Baigorri.]
- Moix, L. (2006). *Mundo Mendoza*. Barcelona: Seix Barral.
- Palazchenko, P. (1997). *Gorbachev and Shevarnadze. The Memoir of a Soviet Interpreter*. University Park (Penn.): The Pennsylvania State University Press.
- Taft, R. (1981). «The Role and Personality of the Mediator». En S. Bochner (ed.). *The Mediating Person: Bridges Between Cultures*. Cambridge: G. K. Hall and Co. - Schekman Publishing Company. 53-88.